



Queridos amigos:

A las puertas de las vacaciones me gustaría hacer una reflexión sobre el amor, al final entenderéis la razón. Me gustaría empezar con unas preguntas que marcan la limitación del amor y el lugar donde parece destruirse.

¿Quién podría amarnos del todo sabiendo que somos tan ciegos para reconocer lo recibido y tan desagradecidos habitualmente?

¿Quién podría amarnos del todo conociendo nuestras torpezas y fragilidades?

¿Quién podría amarnos del todo si supiera de nuestras miserias y maldades?

¿Quién podría amarnos del todo si supiera que vamos a ir degradándonos física y psíquicamente con el tiempo hasta desaparecer en la muerte?

¿Quién podría amarnos del todo si supiera que algún día le haremos daño?

¿Quién puede, de hecho, amarnos del todo, en todo momento, a pesar de todo?

Nos sentimos atraídos por el amor. Después de haberlo sentido y sentirlo en la familia, en los amigos... anhelamos, incluso sin saberlo, un amor total al que poder confiarnos. Y eso nos convierte, en algún sentido, en mendigos de amor. El que ya hemos experimentado no nos basta y el que vemos por ahí nos parece siempre demasiado pequeño. Por eso fantaseamos con héroes que entreguen su vida y su dolor por los demás (como en los *comics* o en las películas) o con historias románticas en las que el amor sale victorioso por encima de todas las trabas de la vida. Nada ni nadie, sin embargo, cumple las expectativas totalmente. Quizá pidamos al otro lo que no nos podría dar aunque quisiera.

¿Hay alguien que pueda cumplir estas expectativas? En estos días va a aparecer por todos los sitios la imagen de Cristo crucificado. Para algunos ya no significa nada, pero para otros su imagen habla de este amor que todos buscamos y esperamos que nos encuentre. Un amor que nos invite a su mesa a pesar de que no tengamos nada que ofrecer o no lo merezcamos; un amor que con su mirada nos haga sentir hermosos, amables, dignos de vida a pesar de todo; un amor que sepa comprender nuestros dolores y angustias, también las secretas; un amor que no nos pase cuentas o chantajee con lo que nos ha dado; un amor que sepa soportarnos incluso cuando le despreciamos, un amor que sepa perdonarnos, un amor que sin pedir nos haga dar lo mejor de nosotros mismos, que nos haga gozar de lo que somos... Un amor que sólo sea amor. Los más escépticos pensarán que esto es sólo un cuento, los más ingenuos pensarán que esto se puede encontrar en cualquiera, los cristianos lo reconocemos en un Jesús que sabe amar a los pobres y a los leprosos, a los despreciados y a los despreciables, hasta a los enemigos... Su cruz es la prueba de que es amor y sólo amor, sin resquicio de egoísmo, odio o resentimiento. Amor que habla con los hechos, como siempre hizo y lo hace hasta el final. Nosotros los cristianos sabemos que este amor nos busca también hoy y por eso miramos a la cruz con unos ojos que quieren traspasar la imagen para encontrar esta presencia viva de amor que es Jesús, y que tanto necesita el mundo.

Ante él nuestras formas de amar son siempre demasiado pequeñas, incluso mezquinas (demasiado egocéntricas). Junto a él nuestra vida se eleva y se llena de ánimo y fuerza para amar más allá de lo posible, para amar gozando con los otros y también soportando y sufriendo sus miserias, para amar en los mejores momentos y también en los peores, para amar a aquellos que nos atraen y a aquellos que, sin ser atractivos, necesitan nuestra vida, para salir al mundo con alegría y volver de sus caminos con la esperanza de ser recogidos.

Cristo, y su amor crucificado, es celebrado como Cristo vivo hoy, resucitado para que el mundo pueda alimentarse de su amor. Se necesita un poco (o un mucho) de fe, un poco (o un mucho) de esfuerzo para buscarle y seguirle, pero ¡es tanto lo que podemos recibir...!

¿No tendríamos algo que pensar o incluso rezar en estas vacaciones?

Por Abril nada más y nada menos.

Un saludo. Paco.